
LA MUJER DE GUIPUZCOA.

I Dificultad de definir á la mujer.—II Necesidad de acudir al estudio histórico de la raza.—III Carácter moral de la raza vascongada ó euskara.—Sus cualidades típicas.—Duración maravillosa de su lengua.—IV Cualidad etnológica preponderante: la consistencia de ideas, de propósitos y de afectos.—San Ignacio.—Sebastian de Elcano.—La Monja Alferez.—Una bruja.—V Originalidad nativa, moral y física de la guipuzcoana.—Su espíritu moral.—Su belleza.—VI La guipuzcoana en situaciones especiales.—En el caserío.—Toma parte en las faenas de los hombres.—Danzas populares.—Valle patriarcal.—Laboriosidad, cordura, imperio moral de la campesina.—Romerías. VII La aldeana en la ciudad.—VIII La dama guipuzcoana en el baile y en el teatro.—IX Reflexiones generales sobre la guipuzcoana.

I

Se ha dicho siempre con razón que el hombre no alcanza nunca á comprenderse á sí mismo. Los ideólogos que intentan definir, analizar, explicar los misterios del entendimiento y de la conciencia, no hacen más que imaginar sistemas, que llenan á los humildes de amargas confusiones, y á los racionalistas temerarios de impía soberbia y de mal cimentado orgullo.

Y si es indudable que el hombre es un arcano para el hombre, es esta verdad todavía más patente cuando se aplica á la más hermosa y delicada mitad del linaje humano. ¿Quién puede blasonar de haber comprendido y analizado el corazón y la fantasía de las mujeres? Ellas, entre sí, se comprenden á veces, y sólo hasta cierto punto, pues hay quien afirma que nunca, ni aún para ellas mismas, levantan por completo el velo del alma, y que guardan constantemente escondido en el fondo del corazón, como una flor ó una sierpe emboscada, ya un noble sentimiento; ya un dañino impulso. Los hombres, aun aquellos que más se precian de advertidos; no llegan jamás á entenderlas. Por eso sin duda, hasta los sábios, los filósofos y los legisladores las han

juzgado en todos tiempos con maravillosa diversidad de concepto, extremando sus perfecciones ó sus defectos, segun el trato que de ellas han recibido, ó segun las preocupaciones morales y religiosas reinantes en sus épocas respectivas.

Una copiosa biblioteca podría formarse con los libros escritos, ora en alabanza, ora en oprobio, ora en defensa de las mujeres. Loores, imprecaciones, diatribas, arrobamientos poéticos, lucubraciones fisiológicas, todas las formas del exámen, del aplauso y del vituperio andan confundidas en esta, singular literatura, que no adelanta un paso, y que deja ahora al mundo tan á oscuras como estuvo siempre, con respecto á la misteriosa esencia de la mujer. Las contradicciones en esta materia serán eternas, como en todo aquello que no es dable comprender ni explicar. La antigüedad pagana juzgaba, por una parte, á la mujer dotada de inspiracion divina, y la convertía en *sibila*; por otra, hacia de ella una esclava, exclusivamente relegada á los quehaceres prosáicos del hogar. Entre los romanos, que no sabían amar con delicadeza y gallardía, la mujer llegó á ser mirada con cierta aversion, como un estorbo en la vida del hombre. El Censor Metelo Numidio, llevando el vértigo político hasta el desvarío, se atrevió á deplorar gravemente, ante el pueblo, que la naturaleza haya hecho indispensable al hombre, para la existencia de la especie humana, un ser «tan importuno como la mujer». Salomon, movido por impulsos íntimos, muy diferentes, decía: que nada habia encontrado en la tierra tan amargo como la mujer. Pero de estos hostiles arranques de almas adustas y misantrópicas han encontrado las mujeres solemnes é innumerables desagravios. El más grande é ilustre de todos cuantos ofrece la literatura, es el de *La Divina Comedia*, que hace de Beatriz el emblema de la doctrina santa, y la coloca en el cielo al lado de la Trinidad.

En España han tenido tambien las mujeres acerbos detractores; pero han triunfado siempre de ellos la ilusion del amor y el noble y tierno sentimiento de la galantería caballeresca. Si, todavía dentro de la Edad Media, hubo entre nosotros imitadores de la procaz sátira de Boccaccio contra las mujeres, titulada *Il Corvaccio*, entonces mismo y siempre se han levantado en favor de ellas insignes adalides; los unos, empleando las armas de la poesía, como Luis Hurtado de Toledo en sus *Trescientas ó Triunfo de Virtudes*; los otros, echando en la lucha el peso de la erudicion, como D. Alvaro de Luna en su *Libro de las virtuosas ó claras Mujeres*, y Cristóbal de Acosta en su *Tratado en loor de*

las Mujeres. Pero ninguno ha pintado con más llaneza y más verdad que Torres Naharro, y muy ántes que Calderon y los demás grandes dramáticos españoles del siglo de oro idealizasen este sentimiento, el noble respeto que profesaban á la mujer los antiguos españoles Así dice Torres Naharro en la comedia *Jacinta*:

*Mueran en malas batallas
Los puercos, sacos de menguas,
Que en mujeres ponen lenguas,
Debiendo en àntes cortallas.*

.....

*Nuestras virtudes hallamos
Ser las que aprendemos dellas;
Sus maldades son aquéllas
Que vosotros les mostramos.*

.....

*¡Qué gloria de nuestra pena!
¡Qué alivio de nuestro afan!
Sin duda no hay cosa buena
Donde mujeres no van.
La gente sin capitan
Es la casa sin mujer,
Y sin ella es el placer
Como la mesa sin pan.*

¿Consistirá la divergencia suma de opinion que hemos señalado, en que las mujeres sean entre sí de tan vâria y diferente condicion, que no sea dable encontrar unidad moral en ellas, y haya que sospechar que así sus encomiadores entusiastas como sus ásperos enemigos puedan respectivamente tener razon? No es esta hipótesis admisible. Las mujeres, aunque no sea difícil encontrar entre ellas accidentales y no leves diferencias, tienen un fondo comun, constante y uniforme, que no puede ocultarse á quien las juzgue sin apasionadas preven- ciones, y con el benévolo espíritu que merecen. Son como las flores, los árboles, las rocas y tantas otras cosas de una misma especie, entre las cuales, á pesar de ser de igual índole y esencia, no se hallan dos idénticas. ¿Quién no ha comparado involuntariamente las rosas de un jardin ó las hojas sin número de un roble dal ó de un castaño? ¿Quién no ha advertido con asombro y admiracion, como una de las mayores maravillas de la creacion, que cosas que se asemejan tanto, se asemejan tan poco?

II

La semejanza entre las mujeres la explica todo el mundo, porque se limita á las circunstancias generales de la raza humana, cuya unidad absoluta tanto se afanan por demostrar científicamente profundos pensadores en nuestros días. Lo difícil es explicar las diferencias, y no las diferencias individuales que nacen del temperamento ó del capricho, porque éstas, bien miradas, son asimismo achaque ó perfección de todas las mujeres de la tierra. Mayor ó menor grado de ternura maternal, de coquetismo, de índole antojadiza, por ejemplo, son cualidades accidentales, que lo mismo se advierten en la dama británica, de ebúrnea tez y dorados cabellos, que en la más atezada negra de Angola ó de Loanda. Las diferencias que no se explican fácilmente son aquellas que toman carácter fijo y peculiar en comarcas determinadas, y dan á cada pueblo, en costumbres, en idioma, en espíritu, y hasta en rostro, en modales y en acento, una fisonomía primitiva, y como un molde comun, que divide etnológicamente al linaje humano en naciones y en provincias diversas.

Para comprender y explicar estas diferencias, no basta el estudio contemporáneo. Lo presente está siempre lleno de problemas y confusiones, en que solo creen ver la luz los inadvertidos. El exámen histórico es la única senda por donde puede llegarse al descubrimiento de una parte siquiera de la verdad. Lo pasado explica lo presente. Hoy día, ni aun las ciencias naturales, esencialmente observadoras y clasificadoras, se contentan con lo que ven. La historia natural era ántes descripción, y hoy es historia. Al mundo geológico y al mundo vegetal se aplica ahora el espíritu histórico, del mismo modo que á los anales civiles de los Estados. Los naturalistas filósofos no se atreven á explicar ni las gigantescas cumbres de los Alpes, ni sus hielos, ni sus vertientes, ni sus flores, sin estudiar ántes los misterios remotos de su historia.

¿Cómo, pues, explicar las cualidades esenciales y distintivas de la mujer *guipuzcoana*, sin preguntar á su raza: «¿De dónde vienes? ¿Quiénes son tus antepasados? ¿Quiénes tus deudos y tus afines primitivos? ¿Naciste en el suelo que ahora ocupas, ó has venido, errante y peregrina, desde regiones apartadas?» Pero es el caso que esta importante genealogía, que ántes se pedía á los Príncipes y ahora se pide, no solo á los pueblos, sino á las yerbas y á los insectos, no existe clara y lu-

minosa respecto á la noble raza guipuzcoana. Es tan remoto su origen, y tan corto el alcance óptico de la historia humana, que solo se ven tenebrosas conjeturas en el fondo de algunos siglos.

Varios escritores han advertido las contradicciones en que incurren Ptolomeo, Estrabon, Pomponio Mela, Plinio y otros, acerca de la situacion y del número y nombre de los pueblos de Cantabria, y de los de la raza vasca ó ibera primitiva, Autrigonia, Caristia y Vardulia. Acerca de la extension de la antigua Cantabria se ha discutido mucho, concediendo el Padre Florez que llegaba hasta el rio de Bilbao. Muchos juzgan que por conquista ó por natural analogía de territorio, de costumbres y de necesidades políticas, la Cantabria ó *Canta ibria* (la Iberia alta ó montañosa) llegó á fundirse con los pueblos que hoy constituyen el pais vascongado español y francés, contra los cuales habia peleado á veces con la ojeriza que nace fácilmente entre pueblos vecinos. En las memorables ocasiones en que un enemigo comun amenazaba su independenciam, sus tradiciones y sus costumbres, levantábanse unidos, demostrando en un grado que rayaba en ferocidad, la braveza nativa, la heróica altivéz, la indomable entereza, que eran las cualidades distintivas de todos estos *bárbaros de la costa*, como los llaman alguna vez los autores antiguos. (1) En estas razas ibéricas é ibero-célticas, encastilladas en sus fragosas breñas, el amor pátrio no era solo un sentimiento noble y robusto, como en las naciones civilizadas: era una pasion, ciega y sublime, que rayaba en frenesí. En la guerra, terrible y desigual, que sostuvieron durante cinco años contra las formidables y numerosas legiones de Augusto, se desplegó con el más recio carácter este impulso soberano que avasallaba el alma de aquellos admirables *bárbaros*. La arrogancia del vencido sobrepujaba á la del vencedor. En el suplicio de la cruz y de la horca, ó espirando arrollados por la sangrienta segur de los romanos, los *várdulos* (guipuzcoanos), así como los *astures*, los *cántabros*, los *autrigones*, los *caristios* y los *vascones*, entonaban himnos de entusiasmo guerrero, cual si solemnizasen su propia victoria, y denostaban á sus enemigos, como para humillar con la gloria del martirio la soberbia romana. (2)

No era el ímpetu varonil la fuente exclusiva de aquella maravillo-

(1) Los romanos llegaron á comprender todos estos pueblos montañosos en la denominacion general de *Cantabria*; así habia *cántabros-várdulos*, *cántabros-autrigones*, etc.

(2) Estrabon, Plutarco, etc.

sa constancia. La influencia poderosa de la mujer entraba por mucho en aquellos prodigios de energía moral. No eran aquellas impetuosas montañesas las mujeres, civilmente humilladas, de los griegos y de los romanos. Las razas ibérica y céltica habían traído del Hebro de la antigua Tracia (hoy el Maritza), del Dniéper y del Danubio, usos y principios relativos á la condicion civil y social de la mujer, muy diferentes de los que había creado la civilización pagana. No era la mujer, para los montañeses de las costas cantábricas, un objeto de lujo ó de placer, como entre griegos y romanos. Era un sér esencial y respetado en aquella existencia agrícola y guerrera, y tenía obligaciones y derechos que robustecían su ánimo y le infundían varonil fortaleza. El hombre era guerrero y nada más. En la mujer recaía el grave peso del sostén de la familia, y representaba y poseía los intereses económicos del hogar. Ella sola heredaba, ella cultivaba los campos y apacentaba los ganados, y ejercía sobre el hombre cierto imperio doméstico. Durante las guerras en que los montañeses rechazaban la opresión latina, el temple de las mujeres estaba al nivel del heroísmo feróz de los hombres. Mataban á sus hijos, por no verlos caer en la servidumbre extranjera.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA EUSKARA.

ORREAGA, (RONCESVALLES.)

Balada escrita en dialecto guipuzcoano, por D. Arturo Campion. Acompañada de versiones á los dialectos bizcaino, labortano y suletino, y de diez y ocho variedades dialectales de la región bascongada de Navarra, desde Olazagutia hasta el Roncal, precedida de una introducción y seguida de observaciones gramaticales y léxicas.—Pamplona, imprenta y librería de Joaquín Lorda, Mercaderes, núm. 19. 1880.—En 4.^o de 136 páginas.—Precio, 4 pesetas.

Ocurre respecto á la lengua euskara un fenómeno singular, y es el de que, calificada como ha sido casi constantemente de dialecto, se ha creído, sin duda, por la generalidad, que, como sucede con el catalán ó el gallego, que participan grandemente de la lengua castellana, había de ser entendida sin necesidad de ser *aprendida*: y de ahí traen su origen las perpétuas diatribas y los motes de *jerga*, *lengua bárbara*,

LA MUJER DE GUIPÚZCOA.

~~~~~

(CONTINUACION.)

Que es un pueblo autóctono de antiquísimo origen, ya podía inferirse de la concentracion poderosa y sin igual de su lengua y de sus costumbres. Hoy no se contentan los eruditos con estudios comparativos entre el vascuence y las antiguas lenguas orientales<sup>1</sup> y entre las creencias de los antiguos euskaros y las de los pueblos primitivos; <sup>2</sup> se afanan los sábios para explicar el origen de los iberos occidentales, en fijar los caracteres físicos de los vascongados. Merced á la actividad del doctor Velasco, mas de cincuenta cráneos sacados de un cementerio antiguo de Zaráuz, han sido llevados á la *Sociedad de Antropología* de Paris. Allí los etnologistas han reconocido que estos cráneos ibéricos son *dolicocéfalos*, esto es, de cabeza larga, como las de los germanos, los escandinavos y los celtas; difieren de estos en la forma, porque tienen mayor anchura en la parte occipital, mientras que los cráneos de origen *ariano* tienen mayor desarrollo en la parte frontal; la cavidad total es mayor que en cualquiera otra raza; la línea facial es, por su rectitud, superior en belleza á todas las demás. Los cráneos de Zaráuz pertenecen, pues, á una raza autóctona distinta.<sup>3</sup>

---

(1) H. de Charencey, *La Langue basque et les idiomes de l'Oural*, 1866.

(2) E. Cordier, *Croyances des anciens basques*, 1867.

(3) Mr. Broca, *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*.

III

¿Cuáles son, pues, segun su historia, las cualidades peculiares de esta raza, las que constituyen su originalidad moral autonómica, y le dán una fisonomía especial que resiste al impetu transformador del tiempo y de las vicisitudes históricas?

La tenacidad en los principios y en los propósitos.

El amor á lo natural y á lo sencillo.

La conciencia, no apocada y movediza, como en algunas razas ardorosas, sino constante, animosa y serena.

El amorá la libertad; no la engañosa libertad que declama y oprime, sino la santa libertad que respeta los derechos, que cumple los deberes, que ensalza lo sagrado, que venera lo venerable.

La adhesion apasionada é inalterable à sus montañas, á sus gentes, á sus costumbres, á sus tradiciones legales.

«Antes les quitareis la cabeza que la boina», decía con naturalidad expresiva un Diputado vascongado, hablando de sus paisanos, en las Córtes de 1839. Los conocía bien. Los várdulos y vascones que pintan los escritores griegos y latinos, son casi los mismos de ahora: activos, sóbrios, sencillos en su hogar, aficionados á los ejercicios corporales, constantes en todo.<sup>1</sup> Por eso ofrecen el admirable fenómeno sócial de ser acaso el único pueblo del mundo que no desea hoy cambios en sus instituciones antiguas.

Los vascongados adoraban à un Dios único desde los tiempos más remotos.<sup>2</sup> Todo el seductor aparato del politeísmo, toda la fuerza propagadora de las grandes civilizaciones antiguas, no alcanzaron á apartarlos de la sencilla fé primitiva. Ni siquiera una inscripcion romana se ha encontrado en Guipúzcoa. Sólo á la entrada de Vizcaya se han encontrado algunas, pero ninguna en su interior.<sup>3</sup>

Pero nada podia dar más cabal idea de la perseverancia prodigiosa de los guipuzcoanos (en esta parte igual á los demás vascongados), que la conservacion de su idioma. Una lengua tan tenáz, es la mayor prueba del apego de un pueblo á su nacionalidad primordial. A esta lengua, que lleva ya de existencia conocida no mucho menos de cuarenta siglos, no se le encuentra hermandad con ninguno delos idio-

---

(1) Estrabon, Plinio, Séneca. etc.

(2) Estrabon, *Rer. geograph.*, lib. III.

(3) D. Juan Antonio Moguel, Párroco de Marquina, *Disertacion*, etc.



mas antiguos,<sup>1</sup> como tampoco se les encuentra parentesco con otras razas á los aborígenes que aún hablan el euskaro. El desden con que Mariana y otros hablaron del vascuence, produjo una reaccion en favor de este primoroso idioma, cuya extraordinaria importancia histórica y lingüística fué desde luego reconocida. Aldrete, con testimonio de Plinio y otros, declara que los iberos españoles fueron los fundadores de Roma. Despues los abates Masdeu y Hervás, y el cura Moguel, y muchos otros, confirman el hecho, y demuestran que hay rastros visibles del idioma euskaro en la isla de Cerdeña, en la Liguria, en el Lacio, en Sicilia. <sup>2</sup>

Larramendi, Erro, Astarloa, Henao, d'Arrigol, y tantos otros escritores aficionados al estudio del vascuence, han hecho comprender la alta importancia histórica y filológica de este misterioso idioma, que describe casi siempre lo que nombra, que posee tal flexibilidad que embebe en los verbos número, género y pronombres, y que no cede á ningun otro en la abundancia de onomatopeyas.<sup>3</sup>

El estudio del Baron de Humboldt sobre el vascuence, publicado en 1817,<sup>4</sup> y sus investigaciones sobre los primeros habitantes de España,<sup>5</sup> contribuyeron á llamar la atencion de Europa sobre la luz que

---

(1) No tiene analogía con ninguno de los idiomas céltico, griego, romano y otros. Dudábase de sus afinidades con la lengua cartaginesa, hija de la fenicia. pero se desvaneció esta ilusion al intentar explicar por medio del vascuence los famosos diez versos púnicos del quinto acto del *Poenulus* de Plauto, versos que nadie ha logrado entender. (Véase lo que acerca de esta tentativa de interpretacion refiere Mr. de l'Ecluse en su *Grammaire basque*, pág. 9.)

(2) Hervás, en su *Catalogo delle lingue conosciute* publicó una copiosa lista de vocablos de Italia que tienen origen vascongado. De voces vasco-latinas pondremos aquí los siguientes ejemplos:

ROMA: de *er*, pueblo, y *oma*, collados, (pueblo en collados).

LIGURIA: de *ligor-uria*, tierra árida.

ARROGANS: de *arro-gan*. altivo en demasia.

ASTUTUS: de *astúa*, adivino.

HORROR: de *orróa*, bramido espantoso.

INSULA: de *ins*, mar, y *ulia*, poblacion.

Etcétera.

(3) Erro, en su libro *El Mundo primitivo*, exclama entusiasmado con el vascuence, que supone anterior á la torre de Babel: «El idioma primitivo no puede ser otro que aquel que justifique su inmediata filiacion de la naturaleza.»

(4) En la obra del sábio aleman Adelung, titulada: *Mitridates ó Cuadro universal de las lenguas, con el Padre-nuestro en quiniéntos idiomas*.

(5) *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelst der Vaskischen Sprache*. Berlin. 1821,

derrama en la Historia la etimología de los nombres geográficos, haciendo notar que innumerables poblaciones, rios y montañas del suelo español, son de origen euskaro. Grande autoridad dió á la teoría y á las doctas observaciones el claro nombre del escritor prusiano, pero no es justo olvidar que, así en la teoría como en la evidencia de los hechos, tuvo Humboldt un precursor guipuzcoano, muy digno de conmemoracion y aun de estudio.<sup>1</sup>

Pero toda la importancia filológica y etnológica del vascuence se eclipsa ante el hecho maravilloso de su existencia misma en la era presente. Es un milagro de consistencia autonómica, que no tiene igual en la historia del mundo. Los idiomas griego y latino, nacidos despues que el vascuence, sostenidos por civilizaciones vigorosas, depurados y ennoblecidos por el arte, la ciencia, la filosofia y la literatura, sólo viven, há muchos años, en sus espléndidas creaciones intelectuales; y la lengua euskara, sin monumentos literarios, sin arte, hasta sin gramática, y combatida siempre por civilizaciones llenas de vitalidad y de gloria, permanece en las pobres caserías de algunas montañas, despues de tantos siglos<sup>2</sup> y de tan gigantescas vicisitudes, como el eco perdido de una civilizacion miseriosa que se ha borrado de la memoria de los hombres.

#### IV

Todas las expresadas cualidades se hermanan; pero la que prepondera, porque abarca y da vida á las demás, es la consistencia de las ideas, la obstinacion. Pero esta obstinacion no es la terquedad genial é irreflexiva que se atribuye á los aragoneses, y que se ha hecho proverbial en España; terquedad arrogante, que blasona de sí mismo, y nace por lo comun de un simple antojo ó de un mero impulso del amor propio. La obstinacion guipuzcoana, en el hombre y en la mujer, es una fuerza del alma, reflexiva y constante, que se aplica únicamente á un sentimiento, á una conviccion, ó á un deseo intenso y duradero.

En toda la historia de Guipúzcoa, en toda la gloria de sus perso-

---

(1) Dos siglos ántes el Oidor D. Baltasar de Echave publicó en Méjico, 1606, su curioso libro, *Discursos de la antigüedad de la Lengua cantabro-vascongada*. En él domina el mismo principio que en la obra de Humboldt.

(2) Estrabon afirma que en su tiempo había en España monumentos que tenían unos seis mil años de antigüedad. *Rer. geograph.*, libro III.

majes ilustres, domina esta cualidad moral. Echando una ojeada á las celebridades de esta pequeña pero privilegiada Provincia, se vé desde luego que ha resplandecido siempre, no por los grandes ingénios, sino por los grandes caracteres. La entereza, la perseverancia hasta el heroísmo, la obstinacion de buena ley, esas han sido siempre las fuentes en que han bebido su noble espíritu los grandes hombres de Guipúzcoa. En el glorioso cuadro: pocos escritores, apénas algunos poetas de segundo órden; historiadores, como Garibay, y Zuaznabar, puntuales en los hechos, pero sin imaginacion ni elocuencia; ni un solo artista eminente, pero en cambio, ¡qué espléndida corona de sábios Cardenales y Prelados, de prudentes estadistas y diplomáticos, de mártires, de ilustres capitanes, y sobre todo, de inmortales hombres de mar!

En Guipúzcoa se muestra históricamente lógica la naturaleza. Sus hijos sobresalen desde las épocas más apartadas, en aquellas empresas y carreras en que la noble obstinacion en lo grande y lo bueno, es la primera condicion del éxito. No hablaremos de los guerreros, los cuales, desde Amador de Lazcano, que acaudilló á los guipuzcoanos en la batalla del Salado, y Martin de Yurreamendi, que capitaneó igualmente á los tercios de Guipúzcoa en la conquista de Granada, hasta el Zumalacarregui de nuestros dias, han demostrado siempre, como prenda típica, espíritu firme y constante. Nos ocurre, sin embargo, mencionar, como dechado de perseverancia, al Maestre de campo D. Francisco de Esteibar, natural de Mondragon, el cual, al frente de las tropas españolas de mar y tierra, estuvo guerreando en Filipinas contra los chinos y los ingleses por espacio de mas de veinticinco años.

Pero la carrera en la cual se señala con mayor evidencia esa pertinacia indomable y heróica, que ni el tiempo fatiga, ni la injusticia arredra, ni los reveses desalientan, es el ejercicio de las empresas de mar. Este fué el verdadero campo de gloria de los guipuzcoanos. Ellos, en la Edad Media, contribuyeron con sus galeras, al mando del Almirante Bonifax, á la conquista de Sevilla, y un siglo despues ayudaron igualmente á la toma de Algeciras por Alfonso XI. Tambien en aquella remota edad fueron los más audaces pescadores de ballenas; descubrieron la isla de Terranova,<sup>1</sup> y tuvieron á raya á la

---

(1) Uno de los puertos de la isla tomó el nombre de *Echaide-Portu*, de su descubridor Juan Echaide, de San Sebastian.

marina inglesa, que, establecida en la Guiena, era para los guipuzcoanos molesta y peligrosa vecina. En tiempo de Felipe II, Guipúzcoa sola dió al Estado más de la octava parte de las naves de alto bordo que formaron la Invencible armada.

No podemos continuar esta digresion sobre la antigua gloria naval de los guipuzcoanos, que aunque contribuye á caracterizar esta activa y enérgica raza, nos desvía demasiado de nuestro principal objeto. Basta recordar que la reducida provincia de Guipúzcoa ha dado á la pátria innumerables navegantes y Generales de mar de alta valía, y algunos tan eminentes y famosos como el adelantado Legazpi, conquistador de las Islas Filipinas, y el intrépido D. Antonio Oquendo, tan tenáz en sus combates, que en uno de ellos, amarrada su galera capitana con la capitana enemiga, incendiadas ambas y destrozada; las tripulaciones en el encarnizado abordaje, el Almirante holandés Hanspater, convencido de la inflexibilidad del español, comprendió que no habia término en aquel momento terrible, y no queriendo rendirse á discrecion, se arrojó al mar. Solo Eibar ha producido cinco ilustres Generales de mar, entre ellos dos Almirantes;<sup>1</sup> Motrico, cinco tambien, tres de ellos Almirantes.<sup>2</sup>

## EL MARQUÉS DE VALMAR.

*(Se continuará.)*

---

(1) D. Antonio de Isasi Idiaquez, D. Lorenzo de Eguiguren, D. Juan Lopez de Arichulueta, D. Martin de Orbea, y el conocido comunmente con el nombre de el Capitan Albizuri.

(2) D. Miguel de Vidazabal, D. Juan de Iturriza, D. Juan de Guillistegui Berriatúa, D. Antonio de Gastañaga é Iturribalzaga, y D. Cosme de Churruca.

---

---

# LA MUJER DE GUIPUZCOA

---

(CONTINUACION.)

Pero hay dos caractéres que eclipsan á todos los demás, y son como prototipos del inalterable vigor moral de los hijos de Guipúzcoa: San Ignacio de Loyola y Sebastian de Elcano.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, valiente soldado primero, y despues místico fervoroso y caballeresco, concibió, con la doble fuerza de una pasion y de una idea fija, la creacion de la Compañía de Jesús. Esta Compañía ha dejado profundas huellas en la historia del mundo. Demuestra la fuerza que puede cobrar un pensamiento dominante en el cerebro de un guipuzcoano. Fué una maravilla histórica de la fé, y acaso la obra mas diestra y mas firme de organizacion que han formado los hombres.

SEBASTIAN DE ELCANO, llevó al último límite la difícil virtud de la constancia humana. Fué el primero que dió la vuelta al mundo. Esto significa hoy una cosa hacedera y llana. En tiempo de Elcano significaba un esfuerzo casi sobrehumano de abnegacion y de entereza. Impávido en los peligros de la tierra y del mar, inquebrantable ante los reveses, tormentas, enfermedades y desastres sin cuento de una navegacion gigantesca y aventurera, el modesto marino de Guetaria salió, con Hernando de Magallanes, de Sanlúcar de Barrameda el 20 de Setiembre de 1519 en una flota de cinco buques.<sup>1</sup> A las tres

---

(1) Elcano iba de maestro de la nave *Concepcion*.

años menos catorce días, el 6 de Setiembre de 1522, arribaba Elcano al mismo puerto de Sanlúcar, de vuelta de aquella inmortal expedición, con una sola nave casi destrozada, sin víveres y con solo diez y siete españoles, enfermos, macilentos y desfallecidos, de los centenares que habían formado la tripulación de los cinco bajeles.<sup>1</sup> Magallanes, naves, tripulación, todo había perecido; pero todo lo había reemplazado el aliento heróico y perseverante de Elcano. Volvía solo, pero había dado la vuelta al mundo, y esto era un verdadero prodigio de la ciencia y del esfuerzo humano, que abría inmenso campo al espíritu emprendedor de Europa y al comercio del mundo.

Carlos V, que sentía grandemente las cosas grandes, llamó á Elcano á Valladolid, le tributó alabanzas y mercedes, y le concedió que en su escudo de armas usase por cimera el globo terrestre, con este lema: *Primus circumdedisti me*. Los que desdeñan los blasones heráldicos, no podrán negar que éste es de índole peregrina y poética y que tales emblemas son padrones venerables y fuentes de nacional entusiasmo, cuando legan, como el de Elcano, á la memoria de las gentes, sublimes hechos y eminentes virtudes.

Ya General de mar, y al frente de una flota de siete buques, murió Elcano en medio del Océano Pacífico; digna tumba de un hombre que había luchado toda su vida, tenáz y victorioso, con las ignoradas distancias, con los azarosos contratiempos, y con la soledad de los mares.

Llevados del interés del asunto, nos hemos detenido algun tanto en determinar las prendas autonómicas de la raza, y en especial la consistencia moral, que es su cualidad distintiva y preponderante; porque en este punto la mujer es siempre lo que el hombre, con solo las diferencias inherentes á las circunstancias peculiares de su sexo. En bien ó en mal, cualquiera de las mujeres célebres de Guipúzcoa se hace notar por la firmeza de sus resoluciones y por las consecuencias prácticas, brillantes ó desastrosas, de la idea fija. La famosa *Morja Alférez*, por ejemplo, tenía que ser necesariamente guipuzcoana para haber podido realizar, durante muchos años, la inverosímil ficción de pasar por hombre, viviendo amenudo en el tumulto de los viajes y de los campamentos. Doña Catalina de Erauso, hija de una familia no-

---

(1) Diez guipuzcoanos habían ido en la expedición: uno, Juan de Elorriaga, maestre de la nave *San Antonio*; dos eran de Deva, Domingo de Yarza y Martín de Gárate. Ninguno de los diez volvió con Elcano.

ble de San Sebastian, que la destinaba á la profesion religiosa, se escapa del claustro á la edad de quince años, con astucia infernal oculta su sexo, y, ya paje, ya grumete, ya soldado, se sustrae en Europa y en América á las diligentes investigaciones de sus padres desconsolados. No la arrastraban impulsos de liviandad ni de amor: no dió indicio de ellos en su vida. Era una naturaleza aviesa, seca, varonil, incapáz de adhesion y ternura; una de esas personas del tercer sexo, como donairosamente llama un escritor francés á estos *marimachos*, segun el lenguaje de nuestros padres, ó á estas mujeres emancipadas, con arreglo á la moderna jergonza. Su monomania, llevada á cabo con toda la tenacidad guipuzcoana, era la independenciam, pero una independenciam ciega, implacable, á lo Gil Blas, que no podia satisfacerse sino viviendo, sin tregua, una vida de azares, de riesgos y aventuras. Su figura, que hoy conocemos por el retrato que de ella hizo el famoso Pacheco,<sup>1</sup> la ayudaba á sostener su papel masculino. No era fea, pero tenia expresion enérgica, sombría y obstinada, cabellos negros, y modales resueltos y marciales. Podia pasar por uno de esos barbilampiños, que no por serlo desmienten su varonil talante.<sup>2</sup> No prestamos gran fé, á pesar de haberse publicado en vida suya y á su nombre, al libro titulado *La Monja Alférez*, de donde sacó Montalban, en 1626, su comedia famosa del mismo título. A ser ciertas algunas aventuras, como aquella en que, sin darse á conocer, vé impasible á su afligida madre que oraba en una iglesia, tal vez por ella, y así mismo la constante profesion de jugadora y perdonavidas, en la cual llegó á cometer ocho ó nueve homicidios, entre ellos el de su propio hermano, si bien de noche sin conocerle, la aventurera Catalina de Erauso sería un mónstruo moral. Lo único que parece probado es que esta mujer singular, no solo no conocia el miedo, tan natural en su sexo, sino que en los momentos de peligro llegaba su arrojo al temple de los héroes. En un encuentro con los indios de Chile, pujantes éstos y osados en extremo, arrebataron la bandera de los españoles, matando al Alférez que la llevaba. Catalina, seguida de otros dos soldados de caballeria, arremete á los indios. Perecen los dos soldados;

---

(1) De esta pintura se sacó el retrato litográfico que puso el Sr. D. Joaquin María Ferrer al frente de la edicion que hizo en Paris, en 1829, de la *Historia de la Monja Alférez*, publicada por primera vez en 1625.

(2) El horror que le inspiraba la idea de parecer mujer, la indujo, con riesgo de su vida, al acto bárbaro de aniquilar sus pechos con unos emplastos corrosivos que le ocasionaron agudos dolores.

ella, despues de dar muerte al cacique que habia cogido la bandera, vuelve casi exánime, acribillada de heridas, pero con la bandera en la mano. Aquel heróico soldado fué nombrado Alférez como galardón de su hazaña. Cuando mas adelante llegó á saberse que el héroe de Valdivia era una antigua novicia de un convento de San Sebastian, su pátria, el asombro público fué grande, y entonces nació naturalmente el dictado histórico *La Monja Alférez*. Vuelta á Europa, despues de veinte años de residencia en América, el Rey Felipe IV y el Papa Urbano VIII la recibieron con curiosidad y benevolencia. Ambos le prodigaron consejos y mercedes.

Si no habláran de este sér extraño historiadores de autoridad,<sup>1</sup> y no se halláran consignados sus servicios militares en documentos auténticos existentes en el Archivo de Indias de Sevilla, nadie podria creer en la inverosímil existencia de esta mujer-soldado, que para la satisfaccion tenáz de su ánimo obcecado y resuelto, se separa, en tan inusitada y violenta manera, de los instintos y de los sentimientos naturales.

De otras guipuzcoanas podriamos hablar, las cuales, como Doña María de Urazandi, natural de Zumarraga, abuela de D. Alvaro de Luna, se han señalado por la cualidad predominante de la raza, esto es, la voluntad incontrastable para el cumplimiento de los propósitos arraigados. Pero no podemos menos de mencionar una desventurada mujer, de quien todavía se conserva un recuerdo tradicional en Deva, y cuya existencia está consignada en los anales de la Inquisicion y en algunos libros históricos. Era una especie de saga maléfica, y formaba parte de una sociedad de guipuzcoanos y vasco-franceses, que, creyéndose brujos ó fingiendo serlo, se reunian en Aquelarre, y aterraban con sus maleficios las comarcas por donde pasaban. Llegaron á cometer delitos graves, y la mujer de Deva fué comprendida en el proceso que mandó formar con este motivo la Inquisicion de Logroño. La acusada declaró resueltamente que *era bruja*. El tribunal, deseoso de salvarla de la pena en que habia incurrido como auxiliadora de aquellos malhechores, hizo cuanto pudo para inducida á que declarase que habia sido engañada, y que no habia tales brujerías. Fué imposible lograrlo. La mujer se habia connaturalizado de tal, suerte con aquel funesto y quimérico oficio, y su terca obcecacion habia

---

(1) Ovalle, *Historia de Chile*; Fúnes, *Historia del Tucuman*; Gil López de Dávila, *Historia de la vida y hechos de Felipe III*, y otros.



subido á tan alto punto, que prefirió el suplicio á la rectificacion de su error, y murió insistiendo, sin titubear, en que *era bruja*

Esta tradicion confirma lo que nos decia un antiguo Senador de aquél territorio, que conocia á fondo á sus paisanas: «No hay nada mas incontrastable en él mundo que la *idea fija* de una guipuzcoana.»

## V

Del sentido moral de las guipuzcoanas, en cuanto se refiere á la ternura del corazon, poco hay que decir; pero todo en alabanza suya. Son honestas, no solo por instinto y por temperamento, que es poco ardoroso, sino además, y muy principalmente, por el sentimiento religioso que las domina, valladar robusto contra la seduccion. Hay, sin embargo, para ellas un peligro grave: la sinceridad y constancia de sus afectos, unidos á su índole candorosa y crédula. Muchas de las que van á las grandes ciudades, y salen, por consiguiente, de la esfera religiosa y doméstica en que han vivido, se extravían con facilidad, más porque fian sándiamente en las engañosas palabras de los hombres, que porque esperan lucro como ladinas y viciosas. Sea como quiera, las severas costumbres de nuestros padres no consentían que se confundiese en el mundo la inocente con la culpable. Las Ordenanzas de Deva y muchos otros pueblos imponían á las solteras que se deshonraban, la pena de llevar en la cabeza, en vez del pañuelo blanco, señal comun de las doncellas, una toca de color verde.

En donde resplandece con luz y gloria, en que nadie las aventaja, la virtud de las guipuzcoanas, es en la fidelidad conyugal. Aun aquellas que no han sabido conservar intacta su pureza, pueden competir, con las mas intachables desde que entran en el santo yugo. Un ilustrado caballero guipuzcoano nos decia: «Varias muchachas de mi pais he conocido, que habiendo llegado de solteras casi hasta la prostitucion, han sido despues ejemplares casadas.»

Siente la mujer guipuzcoana, que hay en el matrimonio, como base de la familia, algo imponente, irrevocable y sagrado, que levanta su espíritu y acrisola sus costumbres. Verdad es que en la tierra vascongada el adulterio se ha considerado siempre como un crimen nefando, y tan raro ha debido ser en ella, que ¡cosa singular! no tiene nombre en el idioma euskaro.

La mujer guipuzcoana, como su raza entera, no sabe ser ni burlesca ni escéptica; y si pierden con ello, la mujer y la raza, algo de lo

que se tiene por hechizo en las ociosas conversaciones mundanas, en cambio, se preservan del afan movedizo y trastornador, del íntimo y amargo descontento que agita, envenena y devora la sociedad moderna. La guipuzcoana toma la vida por lo sério. Si siente el corazón poseído del amor, este amor es una pasión firme y verdadera, que no se explaya en ardorosas frases y en hiperbólicas protestas, pero que según dice la canción popular:

No saldrá del alma,  
Sin salir con ella.

Si no se siente enamorada, no engaña á los hombres con falsas apariencias, ni convierte el amor en un juego de astucia y vanidad. Si no hubiera habido en el mundo mas que guipuzcoanas, no habria podido el gran poeta británico decir de la mujer: «Pérfida como las ondas.» Pero por desgracia, el achaque femenino es antiguo, y no lo es menos la linda imprecación poética, pues la hemos encontrado casi idéntica en el *Satiricon* de Petronio, y sabe Dios si será el poeta latino el único á quien, ántes de Shakspeare, haya ocurrido la acusadora comparación.<sup>1</sup>

## EL MARQUÉS DE VALMAR.

(Se continuará.)

---

(1) Por lo curioso de la coincidencia, copiamos aquí los versos de Petronio, que están al fin de la donosa historia de la Matrona de Efeso:

*Crede ratem ventis, animum ne crede puellis;  
Namque est feminea tutior unda fide.*

Podria traducirse así, en forma popular:

Dá al viento tu barco; el alma  
A la mujer no has de dar;  
Que es mas pérfido su pecho  
Que las ondas de la mar.

---

---

# LA MUJER DE GUIPÚZCOA

---

(CONTINUACION.)

Modelo de la firmeza en el amor, porque todo en ella es verdadero, la guipuzcoana, lejos de entibiar su corazón con la ausencia, mas acrisola y enardece su ternura, porque la mira entónces, no solo como sentimiento, sino como deber moral. Para ella debió ser compuesta aquella preciosa y conocida seguidilla, que sin saber cómo, ha pasado de la poesía popular española á convertirse en una de las encopetadas máximas del sagaz y adusto moralista La Rochefoucauld:

El amor que te tengo,  
Parece sombra,  
Cuanto mas apartado,  
Mas cuerpo toma.  
La ausencia es aire,  
Que apaga el fuego chico,  
Y enciende el grande.<sup>1</sup>

En cuanto á la belleza física de las guipuzcoanas, ya fué celebrada por los escritores de la antigüedad. Admiraban en ellas la armonía de las facciones y la estatuaria gallardía del cuerpo. No han degenerado por cierto. Llamam todavía la atención de los viajeros las hermosas doncellas de Pasages, de Lezo, de Deva, de Fuenterrabia, de Motrico y de otros pueblos, par lo comun de la costa, por su erguido talle y su noble y natural continente. Carácterés distintivos de su belleza son

---

(1) «L' absence diminue les médiocres passions et augmente les grandes. comme le vent éteint les bougies et allume le feu.» (Máxima CCLXXXIX de La Rochefoucauld.)

la serenidad de la expresion y la union feliz de la flexibilidad y la fuerza. Algunas hay de rostro correcto y de elegantes líneas, que cuando llevan, sobre el *solquí*,<sup>1</sup> un cántaro de esbelta forma, nada tienen que envidiar en gentileza á aquellas bellísimas mujeres de Caria, que por llevar con gracia cargas en la cabeza, dieron idea y nombre á las *cariátides* de la escultura griega.

Los caracteres principales del tipo general de la mujer guipuzcoana son: tez blanca, pelo castaño oscuro como los ojos, frente despejada, nariz aguileña, estatura alta, rostro ovalado, y formas desarrolladas y abundosas. Por excepcion se hallan algunas de ojos azules y de rubios cabellos; pero éstas nunca tienen el aire lánguido y soñador de algunas mujeres septentrionales, que parece que están como asombradas de hallarse en la humilde tierra que habitamos, y no piden á la vida humana sino ilusiones y misterios. La guipuzcoana, aunque rubia, es poco propensa á los arrobamientos místicos, y quiere las cosas de la vida claras y definidas.

## VI

*La guipuzcoana en situaciones especiales.—En el caserío toma parte en las faenas de los hombres.—Danzas populares.*

---

La campesina guipuzcoana es la mujer genuina de la raza euskara; perseverante en sus afectos, en sus costumbres y en sus deberes; laboriosa; ingénua hasta la tosquedad; respetuosa sin afectacion con sacerdotes, señores y ancianos, pero al mismo tiempo independiente y libre como el viento de sus montañas. No es ni encogida, ni astuta, ni pedigueña, ni maliciosa, como lo son, por lo comun, en mayor ó menor grado, las aldeanas de otras provincias. Pone de manifiesto su alma con toda la sencilla verdad de la naturaleza, y cifra únicamente su grandeza moral en el sosiego de su conciencia.

En los caseríos apartados, donde no ha penetrado la triste civilizacion del interés, ofrece á los forasteros con franca voluntad tortas, leche y manzanas, y rehusa á todo trance el dinero, como un agravio que mancharía su hospitalidad generosa. La sencilla dignidad y el porte natural y sereno de las hijas de la antigua Vardulia nace de la

---

(1) Rodete almohadillado, á veces de varios colores, que se interpone entre la cabeza y la carga.

conformidad característica de este pueblo con sus respectivas condiciones sociales. La labradora guipuzcoana no imagina que ha nacido para otra cosa sino para ayudar á sus padres y á su esposo en sus faenas agrícolas, y paracumplir con fidelidad en la tierra los preceptos divinos, Realzando, sin saberlo, su alma con esta intuición feliz de la filosofía cristiana, ni envidia ni desprecia las brillantes galas de las damas aristócratas, y no cambiaría su rústico albergue, que encierra su ventura presente y la paz de su porvenir, por todos los prestigios del esplendor mundano.

La educación literaria de la aldeana no es, por cierto, extensa ni ambiciosa. Ahora allí todas las jóvenes saben leer y escribir; pero no sería fácil encontrar en un caserío guipuzcoano más libro que el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, un modesto libro de Misa, y á veces alguna parte de la *Biblia* en vascoence, de D. Francisco Ignacio de Lardizábal, ó leyendas y cantares indígenas, también en idioma vascocongado, de Iztueta, del P. Domingo de Meagher, ó algún otro de los escasos poetas y amenos prosadores que ha producido esta raza, más aventajada en las glorias prácticas que en las artes de la imaginación. Por maravilla se encuentra también, como perdida en el arca ó en el armario de algún casero, y más como homenaje á los recuerdos de la tierra que como libro de instrucción, la curiosa obra: *Suma de las cosas cantábricas y guipuzcoanas*, de Juan Martínez de Zaldívar. Escaso es el número de estos libros, pero ¿qué más necesitan aquellas mujeres honradas, que pasan su vida en sus pintorescos valles y en sus breñosas cumbres, como engolfadas en la creación? Esos libros bastan á sustentar en su pecho la idea de la Providencia, el fervor de la patria y el temor de Dios, fundamento de toda humana sabiduría. Ser buenas es para ellas más importante que ser sábias. Y en verdad que ser puras, pacientes y hacendosas en su casa, natural esfera de la mujer, es saberlo todo. La ilustre escritora finlandesa, Federica Brémer, á quien tuvo la honra de conocer el que esto escribe, solía decir con razón: «Una madre que educa bien á sus hijos, hace más en favor de la moral que todos los libros del mundo.»

Para formar cabal concepto de la labradora guipuzcoana es menester contemplarla de cerca en su vida ordinaria. Lo mismo atiende al cuidado de sus hijos que al manejo de la cocina y á las faenas del campo. No tiene á ménos, como otras, ayudar á su padre ó á su marido en sus afanes varoniles. Así echa mano á la esteva, cómo al dalle, á la hoz ó á la azada. Y no por eso es más tosca que las demás,

ni amengua en su familia los miramientos que á la mujer se deben. Vive todavía en ella aquel imperio moral que tanto asombro causaba á Estrabon há mas de diez y ocho siglos. Ni aun en el Estado de Kánsas, de la Confederacion anglo-americana, que es el pais donde más influencia civil y doméstica ejerce hoy la mujer, se le otorga tanta autoridad como aquella que disfrutaba, no há muchos siglos, en algunos valles del territorio vascongado. En las juntas en que se deliberaba acerca de graves intereses relativos al bien comun, las mujeres tenían voz y voto, y á veces era seguido su acertado dictámen.<sup>1</sup>

Por lo demás; el empleo de la fuerza, de la agilidad y del tino, no es en Guipúzcoa, ni para hombres ni para mujeres, motivo de desprecio, ni indicio de social atraso, sino, por el contrario, de doble bizarría. Las bateleras de Pasages, membrudas y briosas remadoras, que compiten con los hombres en este duro y varonil ejercicio, y en alegres regatas les han disputado alguna vez la palma del vigor y de la destreza, nada hacen en ello que las ridiculice ó las humille, ántes bien, en su apostura, en sus gentiles formas, en su perfil severo, que recuerda los relieves romanos, parecen como un trasunto de las heroínas de la antigüedad. Y en verdad que, cuando la ocasion se presenta, su esforzado espíritu en nada desdice de su serena y animosa apostura. La historia recuerda muchas veces la parte que las guipuzcoanas han tomado siempre en las guerras de su pais, ayudando á los hombres en sus bélicas faenas y arrojando impávidas el peligro. Mencionaremos únicamente, como ejemplo, el memorable encarnizado asedio de Fuenterrabía, de 1638. Atacaron la plaza, por tierra, el famoso Príncipe de Condé con un ejército numeroso, y, por mar, el Arzobispo de Burdeos con una formidable escuadra. Muy pocos eran los sitiados; pero inflamaba sus almas el fuego sublime de las antiguas edades. Varias brechas abiertas, siete minas voladas, nueve asaltos. Todo en balde. El impetu francés se estrellaba contra la entereza guipuzcoana. Condé no podía comprender que sus aguerridas y vencedoras huestes fuesen siempre contenidas y rechazadas en la brecha misma por un puñado de soldados castellanos y dos compañías de los tercios de Azpeitia y de Tolosa. Sesenta y nueve dias duró el sitio, dando lugar á que acudiese con su ejército el Almirante de Castilla, D. Juan Alonso Enriquez de Cabrera, el cual derrotó

---

(1) Así consta en crónicas locales. Véase el curioso libro de Mr. Eugéne Cordier: *Le Droit de famille aux Pyrénées*.

completamente al gran Condé, que se retiró á Francia aceleradamente, dejando en el campo alhajas, papeles, tiendas, bagajes, y cerca de cuatro mil hombres entre muertos y prisioneros. En este cerco, el más famoso, entre los muchos que cuentan los anales de Fuenterrabía, acaso la gloria mayor corresponde á las mujeres. Ellas, con su intrepidez y su entusiasmo, hicieron subir al más alto punto el sentimiento del patriotismo en el alma de los guerreros; ellas ayudaban á los hombres á reparar la brecha, combatían con ellos y morían á sulado. Memoria queda todavía en la ciudad de estas hazañas femeniles, en las cuales se mostraron las guipuzcoanas gloriosas precursoras de las heroínas de Zaragoza.

Los juegos, de fuerza y de destreza de los guipuzcoanos, probablemente remota herencia de sus antepasados los iberos, el salto, la lucha, la barra, la piedra colocada primero en la cabeza y arrojada despues con ambas manos á gran distancia, las regatas, el juego marino de los ánades, y por último, la pelota, en que los euskaros son extremados, no denotan rudeza de costumbres, sino hábitos gimnásticos, comunes á los pueblos de la montaña, y muy adecuados á las razas activas y robustas. Corto alcance crítico tienen los que motejan algunos de estos juegos de bárbaros y primitivos. Cobran los ejercicios gimnásticos carácter poético en las tradiciones leyendarias de la Edad Media, y aún señalan los vasco-franceses, en la áspera quebrada de Afura, el sitio en que el famoso Roldan se entretenía arrojando, á guisa de disco, las enormes piedras sueltas que allí abundan. La antigüedad honraba y aplaudía grandemente los ejercicios de la fuerza y de la habilidad. La culta Grecia creó dioses tutelares de los juegos gímnicos (los Dioscuros), y Píndaro tomó por asunto de sus versos sublimes juegos de fuerza y de brío, las carreras de los carros y la lucha de los mancebos.

Las esbeltas doncellas guipuzcoanas no se desdeñan á veces, en los dias de esparcimiento y regocijo, de ejercitarse, entre sí, en aquellos de los citados juegos que caben en las circunstancias de su sexo; y es, por cierto, gozoso espectáculo verlas correr en competencia por las laderas, y aun luchar tambien por algunos momentos, siempre entre inocentes risas y festiva algazara.

El baile es uno de los pocos honestos recreos que es dado gozar á las jóvenes guipuzcoanas en el retiro de sus montañas. Los dias de fiesta, en cualquier pintoresco ribazo, bailan con los mozos, ó unas con otras cuando aquellos faltan, con la juguetona y franca alegría

que nacen de un corazón tranquilo y de una afición verdadera. No necesitan que una música melodiosa y *sábía* despierte su entusiasmo. Este entusiasmo por el baile es ingénito en ellas, y les basta, para darle rienda, los monótonos y no siempre apacibles sonidos del tamboril y del flautín, éste de poca extensión y alcance sonoro, en el cual creen ver algunos aquel instrumento cantábrico que los romanos designaban con el nombre de *vasca tibia*.

Esta afición al baile, común á los jóvenes de ambos sexos en todas las naciones y en todas las edades, adquirió en Guipúzcoa, como en casi todas las comarcas en que se habla la lengua euskara, un carácter etnológico especial. Como en Grecia y otros pueblos de la antigüedad, el baile tiene, entre los vascos, trazas, más que de un frívolo recreo, de una institución. El carácter grave ó belicoso asoma en él todavía, á pesar de la degeneración y decaimiento que acarrea el curso de los tiempos. Treinta y seis danzas históricas y características cuenta en Guipúzcoa el erudito D. Juan Ignacio de Iztueta en su curioso libro sobre esta materia.<sup>1</sup> El *zorzico* más parece ceremonia que baile. No hablamos de la especie de fandango con que hoy día concluye; importación andaluza que lo desnaturaliza y contradice. La *danza de las espadas*, que durante una procesión fué bailada en San Sebastian por cien mancebos el año de 1660, delante de Felipe IV, y que en menor escala hemos visto ejecutar, en la villa de Deva, en presencia de la reina D.<sup>a</sup> Isabel II y su augusta familia, es una danza guerrera que tiene el sello de la más remota antigüedad. Más parece combate que baile. Alguna vez, para conmemorar gloriosos hechos, fundaban los guipuzcoanos una danza popular, como la llamada *bordon dantza*, instituida para celebrar la famosa victoria de Beotivar, alcanzada en 1321 por los guipuzcoanos sobre navarros y franceses. Aún se baila anualmente, el 24 de Junio, en la villa de Lizarza.

#### EL MARQUÉS DE VALMAR.

(Se continuará.)

---

(1) *Guipuzcoaco Dantza gogoangarrien condaira edo historia bere soñuzar*, etc. (Descripción de los bailes de Guipúzcoa, é historia de su música, etc.) Tres tomos, 1824, etc.



---

---

# LA MUJER DE GUIPÚZCOA.

(CONTINUACION.)

Todo se transforma en el mundo, y en esta era de ferro-carriles y de excursiones veraniegas, recibe terribles embates la inmovilidad autonómica de los guipuzcoanos. Un poeta zumbon y malicioso, amigo nuestro, que observaba en Guipúzcoa la introduccion sucesiva de ciertas costumbres forasteras, decía donairosamente en una composicion chistosa, titulada *Arcacusua* (la pulga):

Por el *cancan* se olvidará el zorzico,  
Y modas de Paris habrá en Motrico.<sup>1</sup>

Modas de Paris las hay ya por desgracia. Es éste un contagio universal de índole eminentemente pegadiza é inextinguible, que va acabando en todas partes con los pintorescos trajes indígenas. Pero el *cancan* no se introducirá nunca en Guipúzcoa. Requiere, para comprenderlo y cultivarlo, una aptitud de monstruosa procacidad é insolente desenvoltura de que, á Dios gracias, carece por completo aquella raza digna y formal, que suele solemnizar con danzas graves ó marciales las grandes festividades públicas.

Para dar idea de la casera guipuzcoana en el retiro de su hogar, vamos á consignar aquí el recuerdo de una impresion, recibida no há muchos años. Referir llana y fielmente la verdad, es, por lo comun, la mejor de las descripciones.

En una hermosa tarde de verano paseábamos en compañía de un ilustrado sacerdote del pais, por el profundo y enramado valle de Anzondo, no léjos de Deva. Admirábamos la forma, gentil é imponente, de las pintorescas colinas; los copudos y lozanos árboles; las abruptas rocas que asoman de vez en cuando en medio de las laderas cultivadas; los caseríos encaramados en los alcores ó escondidos en las quebradas; el cultivo perfecto de los pequeños llanos, formados por la

---

(1) El Académico D. Juan Valera.

prolija industria del labrador, que suben escalonados desde el fondo del valle hasta la cima de los montes. A un molino de escasas dimensiones daba movimiento un arroyo que, sonoro y precipitado, corre en aquel escarpado terreno. Todo lo que alcanzaba la vista, daba indicio de una comarca agrícola sosegada, próspera y laboriosa.

La serenidad nos parecía excesiva. No habíamos encontrado más habitantes, en el largo espacio recorrido, que un anciano y un niño, que en una altura estaban arando. Nos rodeaba un silencio profundo, que aumentaba la soledad. Comunicué la observación á mi amigo, y se sonrió al escucharla. Llegábamos en aquel momento delante de un vasto caserío rodeado de gigantescos nogales. Allí reinaba también el silencio. Sólo había al extremo de una plazoleta cubierta de yerba, que formaba como la entrada del caserío, una linda muchacha de unos catorce años. Estaba ocupada en sacar de un horno gran cantidad de manzanas asadas, que iba colocando en varias fuentes, cual si estuviesen preparadas para un rústico festín.

Conocía el sacerdote á la casera, y subimos al piso principal. Cuál fué nuestra sorpresa al ver que en una extensa sala había como unas cuarenta personas! Los hombres á un lado, las mujeres á otro. Todos espadaban ó rastrillaban lino. Los más no hablaban, atentos al trabajo. Los pocos que hablaban, lo hacían sosegadamente, sin descuidar un solo instante su tarea. Tan patriarcal sosiego era en verdad para causar maravilla á los que, como nosotros, estuviesen acostumbrados al trato de las gentes meridionales. Ocurría á nuestra imaginación que aquella laboriosidad silenciosa era cosa imposible entre andaluces, raza de suyo alegre, é irremediabilmente gárrula y bulliciosa. Y no se crea que el aspecto de aquella industriosa y bien disciplinada asamblea era triste y sombrío. No cabe tristeza cuando se tiene, como aquella gente tenía, sonrisa en los lábios y en, la mirada, paz en el corazón, lozanía en el rostro y actividad en las manos.

La casera, que era mujer formal, afable y despejada, nos enseñó los sencillos pero bien arreglados aposentos de su casa. En la alcoba, casi tan grande como la sala, había un torno de hilar y un telar. Hicimos mil preguntas acerca de cuanto habíamos visto, y en las llanas explicaciones de la labradora encontramos más sentido práctico de la vida del pobre y más ciencia de la felicidad popular que en los enfáticos y sonoros discursos de los declamadores y de los utopistas. Estos quieren un imposible: improvisar costumbres con su arrogante y quimérica ciencia. En el pobre valle de Anzondo, la ciencia social, de

sí propia ignorada, descansa en base menos deleznable: en las costumbres, formadas por los siglos y por el sentimiento cristiano.

Aquellos rastrilladores de lino eran los habitantes del valle, que venían á ayudar á sus vecinos. En dos dias despachaban un trabajo en el cual habrían empleado mas de un mes los dos hombres que había en la familia, y ésto, desatendiendo las labores del campo. Aquel trabajo era gratuito. Cada vecino traía un pan y un jarro de leche, como parte de su comida. En la casa les daban un guisado de carne salada, un potaje de legumbres secas, ó cualquiera otra cosa caliente y nutritiva, y las manzanas asadas que habíamos visto al entrar. A la caída de la tarde, terminado el trabajo, bailaban los mozos y las mozas en la plazuela. Entonces el anfitrión del caserío les repartía algun vino, que aumentaba el campestre regocijo, y al empezar las sombras de la noche, cada cual se retiraba satisfecho á su cercano albergue. Esta misma escena se reproduce en cualquiera otra de las rústicas viviendas del valle, siempre que en ella lo requiere alguna faena grave y costosa, para cuyo apremiante desempeño no tienen los aldeanos ni tiempo ni dinero.

Esta prestación mútua y gratuita de trabajo personal, produce en aquella comarca resultados admirables. El favorecido de un día es el tributario del día siguiente; por donde, con este sistema de recíproco auxilio y con los cambios que entre sí hacen de sus reses y de sus frutos, ha resuelto la gente de aquel valle el maravilloso problema de vivir desahogadamente casi sin dinero. Así nos lo expresaba con alegre semblante aquella inteligente y rústica patrona, enseñándonos su vaca salada, sus jamones, y en su vasto armario, el repuesto de sábanas finas y bastas, tejidas todas por sus manos. «Aquí, añadía, nuestros maridos y nuestros hijos son, al mismo tiempo que labradores, nuestros carpinteros y nuestros albañiles; el molino es de todos; de manera que no gastamos mas dinero que el necesario para comprar algunas ropas de lana, y para pagar la peseta al médico, lo cual hacemos rara vez.» Esto último lo decía señalando á sus hijos, rollizos muchachos que Dios bendecía, prodigándoles á manos llenas salud y hermosura.

¡Y aquellas mujeres, que no leían periódicos ni novelas, ni habían visto el teatro, ni salían de su valle mas que los días de fiesta para oír misa en la iglesia parroquial y rezar por el alma de sus amados difuntos, arrodilladas sobre un paño negro (*mancal*), encima del cual arde una cerilla gruesa rodeada de un pedazo de madera de cier-

ta forma (*pildimen*), vivian, no resignadas, sino contentas con su suerte, porque no daban entrada en su alma mas que á los deseos cuya satisfaccion estaba en su mano! Tambien salen dos ó tres veces al año á las romerías de los pueblos cercanos. Estas romerías son las grandes diversiones de las muchachas guipuzcoanas, sus ilusiones del año entero. La romería mas celebrada del pais es la del Santo *Cristo de Lezo*, objeto á la vez, como todas, de devocion y de recreo. Como estas diversiones son escasas, y las mozas llevan consigo la alegría, nunca se aburren, como tan amenudo acontece á nuestras descontentadizas damas aristocráticas en sus frecuentes y ostentosos bailes. En materia de felicidad, lo absoluto está en el ánimo, y no en la forma exterior y material de las cosas; y bien puede afirmarse que las doncellas guipuzcoanas nada tienen que envidiar en esta parte al refinamiento y al lujo. Probablemente, en su candoroso contento, sus avellanas, sus tortas, su *sagardúa* y su *chacolí*, son, para su campesitre apetito, más sabrosos que el inevitable salmon, el jamon en dulce, las chochas y los faisanes, para nuestros paladares saciados, exigentes y melindrosos.

Mucho nos dió que pensar cuanto habíamos visto y oído en el caserío de las colinas de Anzondo. Aquella simpática labradora, que, por lo hacendosa y activa, nos había recordado la mujer fuerte del *Libro de los Proverbios*, y por lo sesuda y autorizada, la mujer céltica (germánica) de Plutarco,<sup>1</sup> nos había dado sin saberlo, con su instinto certero de las cosas morales, una leccion profunda. Nos hizo comprender que el pobre que cifra en el trabajo toda su actividad, y concentra todo su corazon en la vida de la familia, logra los verdaderos bienes de la tierra: la independenciamoral, el sosiego y la dicha doméstica. Aquella mujer adivinaba que toda la gente de su comarca, sin codicia y sin ambicion, era feliz, porque allí llegaba solo un eco perdido del tumulto humano, y que *no es posible servir bien á dos amos: Dios y el dinero.*<sup>2</sup>

Tambien nos hizo comprender aquella casera guipuzcoana, que la mujer, hasta en la condicion más humilde, hace una cosa sublime, cuando con el ejemplo, con la palabra, con la dignidad y la moral entereza que nacen de una conciencia limpia y serena, encamina al bien á su familia, y sirve como de regulador y de espejo en los pensa-

---

(1) *De las virtudes de las mujeres.*

(2) Palabras del Salvador, (San Mateo, cap. VI.)

mientos y en las acciones del hogar. Nadie ha pintado con más poética y sencilla elocuencia que Fray Luis de Leon, esta saludable y trascendental influencia de la mujer cuerda y honrada. Nos arrastra el deseo de copiar sus palabras:

«Como la luna llena, en las noches serenas, se goza rodeada y acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la miran y reverencian; así la mujer buena en su casa reina y resplandece, y convierte á sí juntamente los ojos y los corazones de todos.»

## VII

### *La aldeana en la ciudad.*

Cuando la aldeana guipuzcoana sale de la soledad del caserío y reside algun tiempo en ciudades ó en pueblos donde el comercio ó el concurso de forasteros dá nuevo carácter á sus hábitos y más ensanche á su vida, entonces (cosa inevitable), se modifica algun tanto su sér moral, pero dentro siempre de las prendas peculiares de su índole etnológica. El movimiento de los intereses comerciales del mundo activo suele hacerla interesada en demasía, y á veces un tanto recelosa de la buena fé de los demás. El interés personal, propio, ó la esperanza de los goces mundanos, la mueven poco, porque es de suyo sóbria y contenida. Lo que subyuga su alma y la hace extremar su amor á la ganancia, es el interés de su familia, que es en la guipuzcoana el móvil soberano. No se pára mucho á calcular si el precio que señala al objeto es proporcionado á su valor verdadero, sino si puede ó no obtenerlo de los compradores. Pero una vez fijado este precio, es igual para todos; lo sostiene con inexorable voluntad, y no desciende nunca á las astucias y á las retrecherías tan usadas en el comercio por los ánimos corrompidos. El imperio sereno y la provechosa laboriosidad del caserío toman aquí otra forma, pero en el fondo son los mismos. La mujer lleva las cuentas, y aconseja al marido y al padre los negocios, y no pocas veces viaja ella misma para hacer los acopios. Y esto lo mismo las solteras que las casadas. Las anglo-americanas no aventajan en independencia á las guipuzcoanas de las clases populares, cuando se trata de algun objeto conveniente á los intereses de la familia.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

(Se concluirá.)

---

---

# LA MUJER DE GUIPUZCOA.

---

## VIII

*La dama guipuzcoana en el baile y en el teatro.*

---

(CONCLUSION.)

La guipuzcoana, en las diversiones de la sociedad aristocrática de Madrid, parece á primera vista que se confunde en el torbellino elegante de las mujeres de todas las provincias; vistoso conjunto de gracia, de belleza de artística cultura, que es gala y alegría de las naciones civilizadas. Un observador que conozca á fondo la esencia y forma de su carácter típico, podrá distinguir á la guipuzcoana, así por sus peculiares prendas, como por aquellas de que carece, ó que no posee en igual grado que otras españolas, nacidas de distintas razas y bajo la influencia de diferente cielo. Ved en el teatro á una dama de Azpeitia ó de Tolosa, ó de cualquier otro pueblo del territorio guipuzcoano. Por mucho que embarguen su ánimo los engreimientos de la *toilette* ó las ilusiones y las esperanzas del corazón, cuando se levanta el telon y empiezan la declamacion, ó el canto, ó la visualidad coreográfica, nunca siente, ni ménos afecta, aquella indiferencia con que almas vanidosas, frívolas ó gastadas, reciben los encantos del arte. La guipuzcoana jamás despoja su ánimo de la fé que emplea en todo, y del fervor intenso con que busca en cualquiera de las situaciones de la vida la verdad práctica y el objeto lógico y real de todas las cosas. Otras mujeres olvidan la escena por cualquier cavilacion insignificante; las hijas de las montañas de Guipúzcoa olvidan las femeni-

nas cavilaciones por mirar á la escena, y mirar á la escena con atencion casi infantil, porque tal es el objeto principal que las lleva al teatro.

En un baile es aún más visible la diferencia entre la guipuzcoana y sus compatriotas de otras provincias. Carece en los movimientos de aquella ondulosa languidez, y en la palabra, de aquel donoso desenfado, que son cautivadores atractivos en las mujeres andaluzas; tampoco emplea en la conversacion la entereza un tanto áspera de la catalana; ni tiene la sábia *coquetería* y el espíritu crítico de la madrileña; ni el dulce y alhagador acento de la gallega; ni la insinuante y algo imperiosa dialéctica de la montañesa ó de la castellana vieja; ni la mirada absorbente, y no siempre sincera, de la valenciana; ni algunas otras cualidades, buenas ó malas, que son distintivas de las demás mujeres españolas. Las armas principales de la guipuzcoana, en el difícil trato de lo que se llama el gran mundo, son su belleza de carácter clásico, su noble continente, la expresion serena de sus ojos, que saben mirar sin timidez y sin audacia, y, sobre todo, su fisonomía abierta y apacible, reflejo de un corazon sano y sincero, que ni aprecia ni necesita los triunfos que se alcanzan con los artificios mundanos. Inspiran por ello á quien las trata, fé en la amistad ó en el amor. Una señorita guipuzcoana en un baile, no es, como un escritor ingenioso ha dicho de las demás, «un abismo cubierto de flores». En las doncellas guipuzcoanas no hay problema alguno. Son lo que son. Los que las aman y las escogen para esposas, las hallan en la realidad, tal como las vieron en los sueños de la ilusion. En esto ninguna otra las aventaja. Cumplen fielmente las mudas promesas que habian dado el candor de su rastro y la gentileza de su alma. Si, generalmente, son ménos artistas por la imaginacion y ménos fascinadoras por la gracia, en cambio saben dispensar á manos llenas la paz del hogar y la ventura de la familia. No hacen pagar el embeleso de un momento con la desgracia de la vida eterna.

## IX

### *Reflexiones generales sobre la guipuzcoana.*

---

Nosotros hemos tenido ocasion de observar en Guipúzcoa, no pocas veces, que la obstinacion característica de la raza conduce á las mujeres á una esfera moral elevada y segura, cuando van encaminadas

al bien por una educacion sana y religiosa. No obran, como algunos suponen, movidas por las instigaciones de padres preocupados y voluntariosos. Deciden de su vida y escogen la senda de su porvenir con el espíritu libre y resuelto de su autonómica independendencia. Las guía, con raras excepciones, el sentimiento íntimo de sus deberes, y se dejan llevar sin trégua y sin vacilaciones por la accion poderosa de la intuicion moral. Tres doncellas guipuzcoanas hemos conocido en los últimos años, que, dotadas de espíritu contemplativo y enemigas del tumulto mundano, cifraron el ideal de su vida en la paz y en la soledad del claustro. Todo las alhagaba en la tierra: el bienestar, la hermosura, el amor de la familia, el aprecio y la admiracion de los amigos. Nada bastó á apartarlas de su vocacion obstinada; ni las reflexiones de personas graves y prudentes, ni los ruegos ni las lágrimas de sus padres. Demostraron á las claras que eran hijas de aquellas montañas, donde la tenacidad es prenda nativa, que si alguna vez hace extremar los propósitos, por lo comun, levanta y robustece el alma.

Si, como es más frecuente y más natural, prefieren constituir una nueva familia con los lazos sagrados del matrimonio, entónces su alma adquiere un asiento perfecto. Las guipuzcoanas no se casan alhagadas por los sueños inquietadores del lujo, de la carroza y del teatro. Se casan alhagadas y conmovidas por la dulce imágen del hogar, por la ilusion de la ternura. Para ser felices no necesitan joyas, ni ostentosos trajes, ni elvértigo de los festines, ni el incesante recreo de los espectáculos públicos. Les basta gobernar su casa, criar y educar santamente á sus hijos, amar á Dios, á su marido y á los pobres. Todo lo demás les parece ocioso. No leen periódicos políticos, ni novelas malasanas en que se glorifica el vicio y se pervierte la conciencia. El equilibrio sereno y saludable de su espíritu y de su vida, es el sólido fundamento de su ventura, que les parece verdadera, porque sienten en ella la bendicion del cielo.

En suma, la guipuzcoana no es la mujer brillante que con su despejo, su astucia y su ambiciosa fantasía, fascina y avasalla; no es tampoco la mujer de imaginacion flexible é impetuosa, que produce las mujeres políticas, las artistas inspiradas y las escritoras de fantástico vuelo y de robusto temple. De suyo modestas y concentradas, podrán escribir como Fernan Caballero y Federica Brémer, y acaso como Enriqueta Becher Stowe, consagrándose á la defensa de la humanidad ultrajada y de la virtud escarnecida; pero no serán nunca profundas analizadoras como M.<sup>me</sup> de Staël, audaces propagandistas como Jorge



Sand, ni dramaturgas varoniles como Gertrúdis Gomez de Avellaneda. La gloria de la guipuzcoana no resplandece, como la de éstas escritoras ilustres, en el cielo ostentoso de la literatura y del arte. Es ménos visible y luminosa, pero no ménos grande. Nunca se ostenta por sí sola. Hay que descubrirla y comprenderla. Vive, inocente y retirada, lo mismo en el caserío solitario de las alturas, que en el sencillo palacio de los pueblos y en la pintoresca quinta de los valles. Es el *domi mansit lanam fecit* (guardó la casa, hiló la lana) de los romanos, pero sin la abyeccion pagana, esto es, con la dignidad de la mujer honrada, con el amor y el respeto de todos, con el imperio del hogar. La dama guipuzcoana no es ni sabionda, ni despreocupada, ni gazmoña, ni heroína política, ni mujer de moda, ni indiferente, ni discutiadora, ni quejumbrosa, ni remilgada, ni fascinadora, ni presumida, ni soñadora, ni romántica. Es sencillamente una mujer, en la significacion mas bella que tiene esta palabra. Pura, recogida y serena, como la lámpara de su oratorio, toma la vida humilde y resignada, tal como la Providencia se la presenta, y sabe ser grave sin tristeza, y alegre sin frivolidad. Se adivina en ella algo humano, vigoroso y verdadero, que la preserva de la diestra afectacion y culta petulancia, tristes dones en que estriba el éxito de algunas mujeres en la fantasmagoria mundana.

A ninguna raza, y á muy pocas personas, es dado poseer con igual fuerza y en perfecto equilibrio la imaginacion y la razon, la sensibilidad y la fortaleza. En la guipuzcoana prepondera la razon, y con decir esto, claro es que decimos que ha llevado la mejor parte en la distribucion divina. Bello es, sin duda, poseer la fuerza de luz y de expansion que produce en el mundo el rumor de la admiracion y los triunfos del amor propio. Pero la guipuzcoana teme esos triunfos, porque le dice su doble instinto que cada uno de ellos suele desvanecer uno de los rayos de la aureola de pureza que Dios puso en la frente de la mujer. Colocan su *entendimiento en su corazon*, segun la expresion magnífica del cántico de la Virgen,<sup>1</sup> y así comprenden que en la vida de familia cabe el desarrollo de las más nobles facultades del alma humana, y que todos los deleites de la vanidad satisfecha no son comparables á la santa alegría que produce en aquella apacible esfera el ejercicio de las virtudes evangélicas.

---

(1) *Mente cordis sui.* (MAGNIFICAT.)

Terminamos estas someras y desaliñadas observaciones sobre la mujer guipuzcoana, declarando que es uno de los mas simpáticos y admirables tipos que encierra la vária y fecunda tierra española. No asombra ni deslumbra, porque ignora, por lo comun, el secreto de las fascinaciones artificiales del gran mundo; su triunfo es más alto y más trascendental: cautiva el alma de los buenos, porque sabe ser lo más bello lo más grande que hay en la tierra: el modelo de la mujer cristiana, que hace de la familia un culto, y del hogar doméstico un santuario.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

---

## GABON-KANTAC. (VILLANCICOS.)

JESUS-JAYO-BERRIARÍ.

LETRACHOA.

Zure arpegiya churi-gorriya,  
Zure begiyac argiyac,  
Zure espainchoac, zure eskuchoak  
*Danac dirate naiko-a,*  
*Biyotzen billa zatozela zu*  
JESUS *aur-chiki* JAINKOA !

Urrez bigurra du ille kiškurra,  
Lore-eder-salla masalla,  
Belarri fiñac, lepo liraiñac,  
*Danac dirate naikoa,*  
*Biyotzen billa zatozela zu,*  
JESUS *aur-chiki* JAINKOA !

Zure alboan dabilta egoan  
Aingeru anayac galayac,  
Zeru-soñuac ain gozatsuac,  
*Danac dirate naikoa,*  
*Biyotzen billa zatozela zu*  
JESUS *aur-chiki* JAINKOA!

Mundu-Egille ta izar-ereille  
Zeru-Jabea etortzea  
Aur-izatera gizon artera,  
*Danac dirate naikoa,*  
*Biyotzen billa zatozela zu*  
JESUS *aur-chiki* JAINKOA!

Salbatzeagatic zeruetatic  
Zatozkidana nigana,  
Ama Birjiñac, gure Erregiñac,  
*Danac dirate naikoa,*  
*Biyotzen billa zatozela zu*  
JESUS *aur-chiki* JAINKOA!

JOSÉ IGNACIO ARANA.